

VI. AL PRINCIPIO...

¿POR QUÉ, NADA ES TAN RAZONABLE COMO CREER EN DIOS?¹

Platón ha ideado una metáfora para explicar la situación del hombre en el mundo, el mito de la caverna. De manera resumida sería lo siguiente: los hombres están sentados en una cueva sin ventanas. Se encuentran encadenados frente a una pared. En ella se produce un juego de sombras, una especie de cine. Detrás, a la espalda de los encadenados hay un foco de luz artificial, delante del cual se mueven figuras de un lado a otro proyectándose su sombra en la pared. Los hombres no conocen otra situación que ésta. No pueden verse los unos a los otros ni a sí mismos, sino solamente el juego de las sombras. Ese juego representa para ellos la única realidad. Y sobre ella discuten acaloradamente, plantean hipótesis sobre el desarrollo del drama, establecen teorías y hacen pronósticos. Imitan las voces de los fantasmas; perciben que hay algo parecido a un mundo real fuera de la caverna, y que existe la posibilidad de librarse y de conseguir salir fuera. Sin embargo, también se oye que los que lograron salir y exponer sus ojos a la luz del sol se deslumbraron de tal forma que apenas podían ver nada, por no haber tenido la paciencia de esperar a que sus ojos se acostumbraran. Los habitantes de la caverna, por tanto, se resisten enérgicamente cuando alguien que viene de fuera intenta librarlos.

La intención de Platón es presentar con esta parábola el mundo de las ideas como la auténtica realidad y el mundo material, como su mera imagen. Pero también podemos modificar un poco la parábola sin alejarnos demasiado de la intención de Platón. El sol es justamente para Platón el retrato del bien hipostático, del bien más elevado que mueve en el mundo toda aspiración al último fin, y que más tarde los Padres de la Iglesia equipararon a Dios, no sin razón, pues Platón dice que el bien mismo constituye el fundamento tanto de la realidad de las cosas como de su cognoscibilidad, es decir, de la verdad. En mi versión de la parábola, nosotros mismos somos no sólo observadores del «cine» de la caverna, sino coactores en la película. Nuestra realidad se debe en todo momento a la luz de un proyector creador y a sus cintas o rollos cinematográficos. Lo llamo creador porque proyecta cosas y seres vivos a los que activa dejándolos libres en ciertos ámbitos para moverse de una u otra manera. En todo caso, si se apagara la luz, la película desaparecería, y con ella todas las figuras. No morirían, pues el morir mismo es incluso un suceso en la película, y tiene sus causas, que a su vez pertenecen al guión de la película: enfermedad, accidente, homicidio, etc. La interrupción de la cinta de la película no es una parte de ella. No obstante, dentro de la película hay también un pasado que nosotros extrapolamos. Sabemos que el niño que vemos no solamente tiene los padres, que también vemos, sino que, como cada niño, igualmente tiene abuelos y bisabuelos. Y podemos desarrollar también con gran interés teorías físicas sobre el pasado del mundo y sobre sus leyes causales a través de la observación que hacemos dentro de la película. El proyector y sus cintas, que constituyen la causa propia del conjunto, lógicamente no aparecen dentro de la película. La explosión inicial [el *big bang*], por ejemplo, pertenece a la película, al igual que lo que eventualmente existiera antes de esa explosión.

Sin embargo, el proyector no aparece de ninguna manera en la cadena causal, ni tampoco al principio. Más bien él es el motivo y causa de toda la cadena y de cada uno de sus eslabones particulares. La palabra «causa» no posee un significado unívoco, sino análogo, en el caso de que nos remitamos a condiciones antecedentes intramundanas o a Dios.

Lo que aquí describo es una metáfora de lo mentado por la palabra «creación». Con ella no se quiere significar un acontecimiento inicial dentro de la realidad terrena, un evento con el que quizá en algún momento tropiezan nuestras investigaciones. Más bien quiere decir que todo el proceso del universo y cada uno de sus sucesos, hasta el más minúsculo, tiene en él su auténtico motivo, en una voluntad creadora preexistente fuera de ese proceso.

Lo que así se comporta, reza un antiguo dicho, es el *rumor de Dios*. Lo curioso es que los hombres nunca se habían metido tanto en «la película» -es decir, en la realidad intramundana- que llegaran a hacerse completamente sordos a ese rumor. Su necesidad de comprender la realidad no se vería satisfecha con lo que ellos veían. El filósofo Ludwig Wittgenstein, el padre de la Filosofía Analítica, escribió una vez que es una superstición de la modernidad pensar que las leyes de la naturaleza nos explican los fenómenos naturales, pues tan sólo describen legalidades estructurales. Esas leyes no explican lo que sucede, ni

¹ROBERT SPAEMANN, *Ética, política y cristianismo*, Palabra, Madris 2007, pp. 99-10. Texto original: «Am Anfang. Warum es nichts als vernünftig ist, an Gott zu glauben». Artículo publicado en el diario *Die Welt* en la edición del 31 de diciembre de 2004.

siquiera a ellas mismas. No tienen nada lógicamente irrefutable ni evidente, como las proposiciones de las matemáticas, aunque también pueden ser formuladas matemáticamente. El hecho de que puedan ser formuladas así siempre ha sido más bien motivo de asombro para los científicos, e indicio de un origen divino, como lo era para Einstein. Al referirse a que hay leyes naturales, Kant hablaba de un motivo permanente de asombro. Esto no es evidente de suyo, y tampoco rescinde la búsqueda de lo que realmente se entiende por sí mismo y que llamamos «Dios».

No obstante, el avance de la ciencia moderna precisamente se encuentra entre los factores que contribuyen a apagar el rumor sobre Dios. Esto está relacionado, por una parte, con la rápida ampliación del ámbito del poder humano, lo cual suministra al hombre un sentimiento embriagador y erróneo de infinitud; y, de otra parte, con la velocidad exponencialmente creciente del cambio de nuestros modos de vida. Así, nos centramos monográficamente en adaptarnos continuamente a la realidad situada *más acá*, y entonces la pregunta sobre la causa y el sentido del *Todo*, es decir, acerca de lo que está *más allá* de la caverna, aparece como algo que ya no podemos permitirnos. Esta nada tiene que ver con las afirmaciones de las ciencias. Hasta ahora la ciencia nunca ha formulado ningún argumento serio y definitivo contra el rumor de Dios; tan sólo la ha intentado la *cosmovisión científica* [cientificismo], es decir, lo que Wittgenstein llama la superstición de la modernidad.

La ciencia es una investigación hipotética. No pregunta por lo que algo es, sino por las condiciones de su aparición. Y lo cuestiona porque nos pone en la tesitura de intervenir en el curso de las cosas y acontecimientos a través del conocimiento de sus condiciones. Este tipo de ciencia está impulsado por la voluntad de poder, de dominio de la naturaleza. Thomas Hobbes escribió que conocer es “saber lo que podemos hacer con algo cuando lo poseemos”.

La llamada cosmovisión científica, el científicismo, cree que habremos entendido lo que algo es cuando sepamos cómo ha surgido ese algo. Es como si dijéramos: sabemos quiénes somos si sabemos quiénes fueron nuestros antepasados; sabemos lo que es el conocimiento o el dolor si comprendemos su función biológica, y así la ventaja selectiva que proporciona en la lucha por la supervivencia, y si conocemos los procesos fisiológicos cerebrales que constituyen la infraestructura de esos fenómenos. Nos podemos hacer una idea clara de lo absurdo de esa cosmovisión científicista si pensamos que podríamos definir el dolor en términos de descarga en la fibra cerebral C, es decir, en función de lo que le hace de sustrato empírico. Imaginemos que voy al médico porque tengo fuertes dolores, y después de examinarme no es capaz de asociar esos dolores con los procesos fisiológicos correspondientes. Supongamos que el neurólogo me dice: «Vd. no tiene dolores porque el dolor consiste en una descarga de las fibras cerebrales C, y sus fibras cerebrales C no descargan». Cualquiera de nosotros tal vez respondería: «Querido doctor, con las fibras nerviosas C ocurrirá lo que tenga que ocurrir, pero que yo tengo dolores es algo que sólo yo mismo puedo saber. Y si Vd. me ha hecho imposible exteriorizar mis dolores y, manipulando la definición de dolor, ha vaciado de sentido esa palabra, entonces comprenderá que mi queja es justa».

Ciencia es investigación de las condiciones. Ser uno mismo constituye la emancipación de las condiciones originarias. Y lo no condicionado no puede suceder, por definición, dentro de la investigación condicionada. Ahora bien, Dios es, por definición, lo incondicionado. Si digo que el progreso de la ciencia ha hecho retroceder el rumor de lo incondicionado, esto no será porque la ciencia haya aportado algún argumento contra ese rumor. El motivo es más bien de carácter psicológico: el progreso científico tiene, por así decirlo, un efecto de perplejidad o aturdimiento. Produce fascinación. Despierta la impresión de que finalmente la ciencia lo explicará todo, si bien este pensamiento es tan absurdo como esperar de una película que definitivamente se explique a sí misma de manera que se hiciera innecesario apelar al proyector.

En modo alguno son alternativas la explicación científica del mundo y la fe en Dios; la verdadera alternativa es: fe en Dios o renuncia a la comprensión del mundo, fe en Dios o resignación de la razón. El racionalismo ilustrado en el seno del científicismo se ha retirado desde hace tiempo a la fe en la impotencia de la razón humana, a la creencia de que no somos eso que nos consideramos, es decir, seres racionales y libres con decisión propia. La fe cristiana, ciertamente, nunca ha considerado al hombre tan razonable y tan libre como lo hizo la Ilustración del siglo XVIII. Sin embargo, esa fe tampoco lo ha considerado tan irracional y tan inmaduro como lo hace el científicismo de hoy. Y también confía a la razón -a la *ratio* un alcance mucho mayor que el que le otorga el científicismo.

Ratio quiere decir tanto razón como fundamento. La cosmovisión científica considera al mundo, y con él también se considera a sí misma, irracional y sin fundamento. En cambio, la fe en Dios es la fe en un fundamento del mundo, fe que en sí misma no carece de fundamento, es decir, de racionalidad, sino que es «luz», en sí misma transparente y, de este modo, su propio fundamento.